

EL VIAJE DE BORYS

Érase una vez un niño que no quería viajar.

– Cariño coge tus cosas que nos vamos a ir de excursión – le dijo su madre al niño de siete años con una voz extrañamente neutra pero dulce.

Y él quería ir de aventura, siempre había pedido a sus padres ir al lago a nadar y descubrir sus profundidades, salir de su jardín. Sabía que había mucho mundo fuera de su casa, pero le daba pena irse porque ahí tenía su cama con forma de coche que no se podía llevar, y debajo de su cama estaban todas sus chuches. Además, tenía un problema: su casa era constantemente acechada por un incansable gigante. Seguro que era un gigante devorador de chuches.

El gigante se pasaba todos los días por su casa y la de los vecinos, siempre queriendo robar las chuches de todos los niños y haciendo mucho ruido. Pero las suyas no las cogería porque las tenía escondidas debajo de la cama, aunque a veces agitaba la casa presa de su enfado hasta que Borys pensaba que la iba a tirar, que iba a arrancar el tejado y cogerlo todo.

De hecho, todos los días hacía mucho ruido por la ciudad, de lo enfadado que estaba porque nunca conseguía sus dulces. Pero el pequeño Borys no tenía miedo. Su madre siempre le decía que el miedo no debilitaba a lo que nos lo provocaba, solo lo hacía más fuerte.

Todas las noches dormía con las chuches debajo de la almohada por si al gigante se le ocurría atacar mientras dormía, pero una noche los vecinos debieron darse cuenta de lo que pasaba y se asustaron porque Borys se despertó con unas sirenas muy fuertes que venían de la calle y tuvo que esconderse con mamá en el sótano mientras todo retumbaba.

El gigante molestaba a toda la ciudad, estaba seguro, aunque mamá no le dejaba salir con la bici a comprobarlo, le decía que era demasiado peligroso.

– Pero, *mamu*, tenemos que echar al gigante, no nos puede echar a nosotros. Además, si nos vamos de excursión vendrá y se lo llevará todo – dijo él.

Borys quería luchar, es lo que había hecho su padre, que hace un tiempo había venido a su cuarto llevando un traje verde muy raro y le había dicho que se iba a combatir con el gigante, que ya no le molestaría más. Pero se fue y todavía no había vuelto, y el gigante seguía ahí. Borys estaba preocupado, pero sabía que su papá era el más fuerte del mundo y estaba seguro de que el gigante lo tenía preso en algún sitio, pero pronto se liberaría, y hasta entonces Boys tenía dos sencillas tareas: aguardar el regreso de su padre y custodiar las chuches.

De todos los momentos para hacer una excursión, este era el menos indicado, pero su madre no paraba de insistir:

– Nos vamos por la mañana – le dijo con un brillo extraño en los ojos.

Borys no entendía por qué estaba tan emocionada, papá no estaba y ella sabía lo que pasaba con el gigante. Tenía que entender lo que pasaría si se iban ahora.

– Lo dices porque es lo que están haciendo todos los vecinos, ¿verdad? Anton el de mi clase ya nunca viene a jugar a la pelota y la vecina de al lado ya no canta esas horribles canciones. – dijo un poco enfadado.

– No mi niño, lo digo porque el gigante es demasiado fuerte, lo más inteligente es irse y volver cuando se haya marchado – le respondió su madre.

<<Qué injusto qué él se tuviera que ir para que el gigante se quedara campando a sus anchas por las calles>>, no paraba de pensar con rabia Borys mientras recogía sus cosas y las metía en una mochila. Pero no le quedaba otra opción, no podía quedarse sin su mamá.

Esa noche soñó que era grande como su padre. Que salía a la calle y se enfrentaba a ese gigante y todos los ruidos y temblores que producía en la ciudad. Lucharon en una batalla épica, y se le ocurrió la brillante idea de mojarlo y echarle harina por encima para que ya no fuera invisible el malvado gigante. De pronto todos sus superhéroes favoritos y, el más especial, su padre, estaban a su lado luchando para derrotar al enemigo. Todo parecía que iba a ir bien, que iban a ganar, y luego se iban a ir a sus casas a tomarse una gran bola de helado de celebración – daba igual el tiempo que hiciera, sus padres siempre le dejaban tomar helado si tenían algo importante que celebrar. Pero antes de poder ver el gran final de la batalla todo se sacudió y escuchó la dulce voz de su madre despertándolo:

– Hijo despierta que nos tenemos que ir ya, anda termina de prepararte – le decía con una voz suave y llena de ternura, pero con cierta urgencia en el tono.

Borys se comió todas las chuches que pudo – no quería darle el gusto al gigante de encontrar su botín lleno –, se puso la ropa que su madre le había dejado encima de la cama, cogió su mochila y se fue al salón para desayunar con su madre. Cuando llegó ella le estaba sirviendo su batido de chocolate favorito y en la mesa había un bol con una gran bola de helado. Borys sintió una oleada de felicidad, no sabía qué se celebraba esa mañana, pero esa alegría se esfumó cuando se dio cuenta de que su madre tenía los ojos rojos y un poco hinchados, como le pasaba a él cuando lloraba.

– ¿Mamu, estás bien? – dijo preocupado y con unas inexplicables ganas de llorar al ver a su madre así.

– Si cariño, solo que me da pena irnos de excursión sin papá. Pero pronto nos encontraremos con él, ya verás. No tengas miedo por él.

– No tengo miedo. Sé que está muy ocupado ahora luchando con el gigante invisible, pero lo vencerá. Esta noche he soñado con la mejor estrategia que te podrías imaginar... – dijo Borys recuperando cierta emoción.

– Puedes contárselo todo a papá en una carta, luego lo planeamos – lo interrumpió su madre una vez volvieron a empezar los ruidos del gigante.

Esta vez los estruendos duraron poco y fueron más distantes, pero su madre le metió prisa para que se lavara los dientes y terminara de recoger sus cosas. Cuando llegó listo a la puerta de la casa su madre cogió su mochila y salieron a la calle. En ese momento Borys se dio cuenta de lo mucho que llevaba sin salir más allá de su frondoso jardín, lleno de árboles y arbustos. Probablemente días enteros.

Pero cuando dejaron el cálido hogar algo no cuadraba, se encontraron con un cielo nublado y un silencio sepulcral. Antes las calles estaban llenas de coches, niños jugando y gente paseando, llenas de vitalidad. Pero ahora solo había ese extraño silencio y destrucción. Borys no sabía que el gigante había hecho tanto daño a la ciudad, y en ese momento le invadió una terrible rabia por toda la desolación y destrucción que se encontró. Era injusto lo que estaba pasando, que se tuviera que estar yendo de su casa porque un gigante se encaprichase de sus chuches. Ahora solo quería estar con sus padres jugando al escondite en el jardín, riendo, porque sus padres son muy divertidos.

Borys salió de su ensoñación cuando su madre lo agitó y le dijo que corriera, que tenían que llegar muy rápido a un sitio antes de que el gigante los descubriera. Entonces corrieron y corrieron en silencio, y cuando Borys se empezó a cansar y a aminorar el ritmo su madre lo cogió en brazos y siguió corriendo, nunca la había visto correr tan rápido. De pronto llegaron a una plaza en la que había agujeros en el asfalto y nubes de polvo flotando en el aire. En el centro, un autobús con las puertas abiertas. Cuando llegaron corriendo a él, su madre lo bajó de sus brazos y pidió al pequeño que subiera. Intercambió tres frases en voz baja con el conductor, le agradeció algo y empujó ligeramente al niño hacia el fondo del autocar.

Una solitaria lágrima corría por el rostro de su madre, y Borys no entendía muy bien por qué. Se estaban yendo de excursión, era lo que su ella había querido desde el principio a pesar de lo que él le dijera. Apretó fuertemente la mano de su madre.

Algo no iba bien.

Se sentaron en dos sitios libres que había en la parte de atrás del autobús, lleno de gente con mala cara, y Borys miró por la ventana mientras el vehículo emprendía su marcha.

La ciudad había perdido su color, y no solo porque fuera un día nublado, sino porque estaba vacía, muerta. Coches con las puertas abiertas abandonados en mitad de la calle, destruidos. El autobús tenía que esquivar obstáculos constantemente. Casas con agujeros en los tejados, sin paredes, destruidas también.

¿Qué sentido tenía? ¿Por qué el gigante había querido conquistar la ciudad para solo poseer sus ruinas? Borys no lo entendía y quería preguntárselo a su madre, pero su expresión perdida le decía que era mejor no hablar todavía, así que permaneció en silencio.

El tiempo fue pasando y el autobús salió del horroroso paisaje de la ciudad para pasar a otro más campestre y con menos destrucción. Borys se quedó dormido un rato. Cuando despertó, vio una señal. Adiós Ucrania; hola, Polonia. Algo le decía a Borys que el camino no iba a ser fácil. Se recostó en el regazo de su madre, al menos mientras estuviera con ella siempre tendría un hogar, pero esperaba poder volver a casa pronto. Y esperaba que su padre estuviera bien, donde fuera que estuviese ahora.